

**LA GRAN SALA CON PISCINA.
¿UN BAÑO ISLÁMICO EN EL ALCÁZAR DE CALATRAVA LA VIEJA?.**

Miguel Ángel Hervás Herrera y Manuel Retuerce Velasco

1.- INTRODUCCIÓN

En el ángulo noroccidental del alcázar de Calatrava la Vieja (Carrión de Calatrava, Ciudad Real) se localiza una gran estancia diáfana de planta rectangular que alberga en su interior una piscina dotada de entrada y salida de aguas. Dicha piscina, situada en la esquina sureste de la sala, responde fielmente al esquema típico de las que se encuentran en algunos de los baños islámicos conocidos –de hecho, y salvando las diferencias cronológicas, es estructuralmente muy similar a la existente en el baño de la Alhambra de Granada–. Sin embargo, a falta de completar el proceso de excavación del edificio y de su entorno inmediato, la sala en cuestión no se ajusta bien, al menos a priori, al esquema típico de un *hammam*.

El edificio que nos ocupa plantea, por tanto, un problema de interpretación que todavía no ha podido ser resuelto. El avance de las excavaciones en este sector del alcázar en futuras campañas proporcionará nuevos datos al respecto. Por el momento, permanece en duda la vinculación de dicha sala

con el baño como edificio de estructura y función definidas, de manera que, en el estado actual de la investigación, sólo podemos afirmar que se trata de un gran salón con una piscina. Si éste no formó parte de un *hammam*, la mencionada piscina pudo servir como elemento de prestigio en una sala que, por su monumentalidad, hubo de estar destinada a funciones de representación del poder que la concibió.

2.- CALATRAVA LA VIEJA

De fundación islámica, la ciudad de Qal'at Rabah (Calatrava) es mencionada por primera vez en el año 785, en época del emir omeya de Córdoba, Abd al-Rahman I. Está situada en un importante cruce de caminos, al abrigo del cual adquirió un gran desarrollo urbano, siendo el lugar más poblado entre Córdoba y Toledo hasta el siglo XIII. Por ella pasaba la vía principal entre ambas poblaciones, y las que unían Mérida con Zaragoza y el Atlántico con el Levante (*figs. 1 y 2*).

El alto valor estratégico de su situación explica sus cinco siglos de vida: jugó un papel decisivo tanto en las luchas civiles que enfrentaron a toledanos con el poder central cordobés, como en las diversas rebeliones beréberes. El propio topónimo –Qal'at Rabah– demuestra la antigüedad de su origen, tratándose de uno de los lugares donde la población conquistadora árabe se instaló en los primeros momentos de su llegada a la Península (ACIÉN, 1995: 31). Durante el siglo VIII y la primera mitad del IX, las defensas del lugar se limitaron, probablemente, a la fortificación del extremo oriental del cerro, donde debía de situarse un castillete.

La importancia de Calatrava se acentuó a raíz de su destrucción por parte de los rebeldes toledanos (853) y de su inmediata reconstrucción por orden del emir Muhammad I, momento en el que se fortificó todo el perímetro del cerro y se reconstruyó y amplió el castillete anterior, que pasó a desempeñar la función de alcázar. A partir de entonces, y como cabeza de una amplia región, Calatrava se convirtió en el punto más importante de apoyo del poder omeya cordobés en la frontera media.

Tras la abolición del califato (1031), Calatrava gozó de cierta autonomía, al tiempo que los reinos taifas de Sevilla, Córdoba y Toledo se disputaban su posesión. Finalmente, cayó en la órbita de este último. Con los almorávides, a finales del siglo XI, se convirtió en el núcleo islámico más importante frente al ya para entonces Toledo cristiano.

Tomada por Alfonso VII en 1147, pasó a ser la plaza cristiana más avanzada frente al Islam. Después de fracasar la encomienda dada a los tem-

plarios, fue concedida por Sancho III a la Orden del Císter (1158), dando lugar al nacimiento de la primera Orden militar hispana, que adoptó el nombre propio del lugar. Permaneció en el reino de Castilla hasta que los almohades la recuperaron para el Islam a raíz de su victoria en la cercana Alarcos (1195). Alfonso VIII la retomó definitivamente pocos días antes de la batalla de las Navas de Tolosa (1212).

A partir de ese momento, Calatrava inició su decadencia. Situada en un lugar malsano y lejos de la nueva frontera, no era ya la sede adecuada para la Orden, cuya cabeza se trasladó en 1217 a la antigua fortaleza de Dueñas, desde entonces llamada Calatrava la Nueva. La antigua Calatrava –en adelante, Calatrava la Vieja– quedó como cabeza de una encomienda más. Finalmente, en la primera década del siglo XV, la sede de dicha encomienda fue trasladada a Carrioncillo –hoy Carrión de Calatrava– unos kilómetros más al sur. Desde entonces, Calatrava la Vieja quedó convertida en un despoblado, condición que ha mantenido hasta nuestros días.

El recinto fortificado, protegido por una muralla dotada de varias estructuras de distintas cronologías (corachas, torres albarranas, torres pentagonales, puertas en codo, etc.), está dividido en dos zonas separadas entre sí por una muralla de grandes proporciones: el alcázar, al este, y la medina, que ocupa el resto de la superficie. Al exterior de la muralla se extendían los arrabales. Salvo por su frente norte, protegido por el río, el resto del recinto se encuentra rodeado por un foso húmedo artificial que convertía a la ciudad en una verdadera isla (RETUERCE Y HERVÁS, 1999).

3.- EL ALCÁZAR

El alcázar se localiza en el extremo oriental de la ciudad, junto a la entrada de aguas al foso desde el río. De planta triangular, cuenta con una extensión de 1 há. En torno a él se concentran los elementos defensivos más destacados de la plaza, no sólo porque estaba destinado a albergar los centros de poder, sino también porque las defensas naturales de este sector del cerro son de escasa entidad (*fig. 2, lám. I, a*).

Tanto sus defensas como sus estructuras internas pertenecen a diferentes momentos constructivos. De hecho, pueden diferenciarse, por cronología, los siguientes grupos:

1ª/ estructuras anteriores al año 853: los restos del antiguo muro de cierre occidental del castillete emiral, formado por la propia puerta, todavía oculta, y por diversas torres incluidas en él, de diversos materiales: adobe, ladrillo, y tapiales de tierra mampostería;

2ª/ las pertenecientes a la reconstrucción y ampliación del antiguo castillete emiral, ordenada por Muhammad I tras el ataque toledano del 853. Dichas estructuras responden a un plan unitario promovido, como en otras partes de la ciudad, por el poder central cordobés con un claro propósito de manifestar su supremacía en la región. Entre ellas, destacan las grandes torres de entrada –que forran a las primitivas del castillete–, el gran arco triunfal que antecede a la antigua puerta, y los paramentos oeste y sureste. A esta etapa se atribuye también la construcción de la torre albarrana primitiva y de las torres pentagonales en proa, que, junto con la “coracha” vecina, forman parte de un complejo sistema defensivo hidráulico (RETUERCE Y ZOZAYA, 1992);

3ª/ estructuras islámicas de cronología imprecisa: el aljibe exento, frente a la puerta, y la gran sala con piscina objeto de las páginas que siguen;

4ª/ el inconcluso ábside templario (1147-1158), de planta dodecágona;

5ª/ la iglesia y restantes dependencias de la Encomienda de Calatrava (ss. XIII y XIV), que ocupan, en la actualidad, la mayor parte del área del alcázar. Durante estos dos siglos se realizaron continuas obras de construcción de nuevos edificios y de reforma y reaprovechamiento de espacios preexistentes. En este conjunto, cabe destacar los restos de una herrería y las dependencias abovedadas junto a la iglesia.

4.- LA SALA GRANDE DEL ALCÁZAR

El edificio que nos ocupa permaneció completamente oculto por los escombros durante siglos. Una parte del mismo salió por primera vez a la luz en 1984, a raíz de la intervención pretendidamente restauradora del arquitecto Miguel Fissac –avalada por el Ministerio de Cultura–, durante la cual, y por medio de palas excavadoras, fue descubierta la mitad superior de los dos grandes nichos abovedados situados en el extremo meridional de la sala. Durante años, ambos nichos y la zanja en forma de “ele” abierta con la pala excavadora para descubrirlos, formaron un conjunto muy característico de la topografía del alcázar de Calatrava la Vieja.

Desde un principio, aunque sólo a nivel interno, el conjunto fue conocido como “el baño”, debido tanto a cierto paralelismo formal con los restos que ya entonces se conocían en la ciudad de Vascos (Navalmoralejo, Toledo), como a la presencia de un negativo vertical de sección cilíndrica en la pared de fondo del nicho más oriental, negativo que parecía corresponder –tal como se confirmaría después– a una tubería cerámica desaparecida.

De acuerdo con el plan de actuación diseñado para el yacimiento –dentro del programa de intervenciones que desde 1984 viene sufragando la

Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha–, la excavación de este sector comenzó en la campaña de 1997. Entre septiembre y noviembre de ese año se descubrió, en esa zona, la mitad meridional de una estancia rectangular en la que se incluían los dos nichos parcialmente descubiertos trece años atrás y los estribos de tres grandes arcos de herradura perpendiculares al eje longitudinal de la sala. Sin embargo, la presencia de un gran perfil de excavación al norte rompía la perspectiva del edificio, impidiendo una visión de conjunto.

Los trabajos de excavación de este sector prosiguieron, durante la campaña de 1998, con la ampliación de la zona excavada hacia el norte, lo que permitió exhumar un cuarto arco de herradura y alcanzar el desescombro de unos dos tercios de la extensión total de la sala. La necesidad de mantener un acceso para vehículos al interior del alcázar impide, por el momento, excavar el sector meridional de dicha estancia. No obstante, la eliminación del voluminoso derrumbe de la parte superior del muro de cierre occidental del edificio permitió identificar al completo los cierres norte y oeste –hasta entonces ocultos por aquél–, con lo que se obtuvo una noción aún más clara de la continuidad de la sala y de su diafanidad, siendo posible conocer su extensión total (210 m²).

La sala estudiada, por tanto, no ha sido excavada aún en su totalidad. Además, el desescombro al exterior de la misma no ha hecho más que comenzar, de manera que desconocemos la relación de ésta con su entorno inmediato; de hecho, aún no está claro si se trata de un edificio exento o de una estancia integrada en un complejo más amplio. En el estado actual de la investigación, los datos disponibles son muy parciales y plantean multitud de interrogantes, lo que, para determinados aspectos del edificio, nos obliga a movernos en el terreno de la hipótesis, cuando no en el de la mera elucubración.

Las respuestas definitivas para muchos de los interrogantes planteados en la actualidad quedarán desveladas, sin duda, en próximas campañas. En las líneas que siguen expondremos los datos objetivos con que contamos en la actualidad para, a partir de ellos, formular algunas hipótesis de trabajo acerca de la estructura, funcionalidad y cronología del conjunto estudiado, hipótesis que habrán de ser matizadas o tal vez profundamente revisadas conforme la excavación de la zona vaya aportando nuevos datos.

4.1.- Localización.

El conjunto en cuestión se localiza en el ángulo noroccidental del alcázar, es decir, dentro de un espacio claramente ligado a la oficialidad. Se halla en la parte más baja dentro de la topografía general del alcázar; de hecho,

debido al escarpe general del cerro en este punto, ocupa una posición de sótano con relación al sector situado inmediatamente al sur. No obstante, el suelo de uso de la estancia se localiza a una cota cercana a la de entrada al alcázar desde la zona del río. Por otra parte, la sala estudiada queda muy próxima tanto al aljibe como al río Guadiana —se adosa al trasdós de la muralla norte del alcázar, contra cuya cara exterior debieron de batir las aguas del río en la época en la que el edificio se hallaba en uso—.

4.2.- Descripción.

La estancia en sí es de planta rectangular —ligeramente trapezoidal—, y está orientada en dirección norte-sur. Su longitud total oscila entre 30,55 m (al oeste) y 29,61 m (al este), mientras que su anchura varía entre 7,10 m (al sur) y 6,44 m (al norte), lo que proporciona una superficie total de unos 210 m². Ninguno de los muros que la delimitan es paralelo a su opuesto, ya que el edificio se adapta a construcciones preexistentes; por tanto, resulta ocioso preguntarse por la posible modulación de estas medidas.

Se trata de una estancia diáfana a la que se accede a través de un vano de gran tamaño localizado en el sector central de su pared oriental. En su interior, dos grandes nichos abovedados ocupan su extremo sur, en tanto que el resto de la sala aparece jalonada por seis arcos de herradura de grandes dimensiones que actuaban a modo de arcos-diafragma para sustentación de la techumbre (*fig. 3, láms. I, b y II, a*).

4.2.1.- Muros perimetrales

Por el norte y el oeste, el edificio que nos ocupa se adosa a la cara interior de las murallas del alcázar; los muros correspondientes, por tanto, son simples forros sin trasdosar adosados en paralelo a lienzos preexistentes, de modo que carecen de vanos y de toda posibilidad de haberlos tenido. Están contruidos con mampostería careada de piedra caliza cortada en grandes bloques colocados en hiladas no muy regulares (*lám. II, b*). El cierre occidental —que en su extremo sur conserva unos 5 m de su alzado original—, tenía la parte alta construida con tapial de tierra “encerado” o “calicastro”, tal como demuestra su propio derrumbe, hallado en excavación.

El muro de cierre oriental, de 1,10 m de espesor, está construido casi enteramente en tapial de tierra “encerado” (*lám. III, a*); tan sólo son de distinto material algunos tramos de su cara oeste, forrados con ladrillo —seguramente como producto de reparaciones posteriores—, y las jambas del vano de acceso a sala, reforzadas con sillería caliza reutilizada. El de cierre meridional, en cam-

bio, es de mampostería caliza irregular a base de bloques de pequeño tamaño trabados con arcilla rojiza; al sur aparece sin trasdosar, ya que fue construido como forro del escarpe rocoso existente en este punto del alcázar, ocultando una concavidad natural cuya bóveda de roca se desplomó, con anterioridad a la construcción del propio muro, sobre un paquete arcilloso de origen geológico.

4.2.2.- Arcos de herradura.

La estancia aparece jalonada por una serie de arcos de herradura transversales al eje longitudinal de la misma, distribuidos a intervalos más o menos regulares. Hasta el momento han aparecido cuatro de ellos, aunque, dada la longitud total de la sala y la distancia media entre arcos, en el tramo que aún queda por excavar deberían de conservarse los restos de otros dos arcos de similares características y dimensiones, sumando la estancia un total de seis de estos arcos. De los ocho estribos hasta ahora descubiertos —dos por cada arco, obviamente—, cinco se conservan completos, incluidas las piezas que marcan la línea de imposta, decoradas con media caña corrida en el frente correspondiente al intradós. De estos cinco, tres conservan, además, el arranque de la rosca del arco (*láms. III, b y IV, a*).

Los estribos están contruidos con sillares de piedra caliza bien cortados, colocados en hiladas y trabados con argamasa de cal y arena. Se trata de material cortado específicamente para esta obra (no reutilizado). En efecto, los bloques son muy homogéneos en cuanto a tamaño: su altura oscila entre 30 y 46 cm, y su longitud entre 66 y 44 cm, pero todos ellos tienen, sistemáticamente, 18 cm de grosor —incluidas las impostas—, lo que significa que son resultado de una producción homogénea.

Las roscas, de las que sólo se conservan los arranques en los dos arcos más meridionales, estaban contruidas con ladrillos de 27 cm de longitud, 17 cm de anchura, y 4 cm de grosor por término medio. Las juntas entre ladrillos, enrasadas con respecto a la cara exterior de los mismos, aparecen decoradas con líneas incisas continuas que enmarcan cada una de las piezas.

Los dos arcos más meridionales tienen una luz de 5,60 m, en tanto que la luz de los dos arcos centrales es de 5,50 m. El tramo de rosca conservado en dos de estos arcos nos ha permitido calcular, tras la reconstrucción de los mismos por medio de la informática, que el peralte generador de la herradura se produce, en este caso, en una proporción de dos a cinco, lo que arroja una flecha estimada de 3,94 m. Teniendo en cuenta que la línea de imposta de los arcos se sitúa en torno a 1,50 m de altura con relación al suelo de la estancia, sabemos que la altura del intradós de la clave con relación a dicho pavimento

era de aproximadamente 5,50 m (*fig. 4*). Las medidas expuestas parecen demostrar que los arcos están modulados en codos *rassasíes* (VALLÉ, 1976: 344-347).

La luz de los arcos decrece hacia el norte. Sin embargo, no es ésta la única irregularidad en cuanto a medidas. Así, la distancia entre arcos oscila entre 3,43 y 3,52 m. Además, y salvo los dos arcos más meridionales, los restantes ni siquiera son paralelos entre sí.

Por último, cabe destacar que la profundidad de los estribos varía de sur a norte, pero esta vez siguiendo un patrón reconocible: mientras que la profundidad de los estribos orientales disminuye progresivamente hacia el norte, la de los occidentales aumenta en el mismo sentido, de manera que la ubicación concreta de los vanos de cada arco tiende a rectificar el descuadre provocado por la falta de paralelismo entre los lados largos de la sala, en lo que parece un intento de definir con mayor claridad el eje longitudinal de la misma.

4.2.3.- Cubierta.

Dado el grado de destrucción del edificio, apenas tenemos datos fiables acerca de la configuración de su cubierta. Las evidencias de que disponemos al respecto son, en su mayor parte, negativas: es la ausencia de determinados elementos, más que la existencia de otros, lo que nos ha permitido elaborar una hipótesis.

La inicial vinculación interpretativa de la sala con un baño nos llevó a plantear como primera hipótesis, por analogía formal con otros edificios de este tipo, que hubiese estado cubierta por bóvedas de medio cañón transversales, esquema según el cual los arcos de herradura antes descritos habrían actuado como estribos de las bóvedas. Sin embargo, no se han conservado ni la impronta ni el arranque de la más meridional de estas hipotéticas bóvedas, pese a que algunas de las estructuras en las que debió de haber apoyado conservan, en este caso, el alzado suficiente. Por otra parte, en el paquete estratigráfico que colmataba el edificio no se detectó el más mínimo resto del posible derrumbe de dichas bóvedas, que debería haber generado varias toneladas de escombros (*lám. III, b*).

Puesto que no parece probable –ni siquiera factible, por su complejidad y elevado coste– que se produjese un robo de los materiales de construcción de las bóvedas, debemos descartar la hipótesis del abovedamiento como solución constructiva para la cubierta de esta sala. La posibilidad de que hubiese estado cubierta por una bóveda longitudinal a la que los arcos de herradura le hubiesen servido como arcos fajones es aún menos defendible, pues, a todas las objeciones hechas a la anterior solución hay que sumar, en este caso,

la evidente incapacidad estructural de los muros longitudinales para soportar los esfuerzos horizontales de una bóveda de semejante luz: el muro oriental es de tierra, y el occidental es un simple forro de mampostería adosado en paralelo a una estructura preexistente –en determinados tramos, este forro no supera los 60 cm de grosor–.

Descartada la hipótesis del abovedamiento, sólo podemos aceptar otra como lógica, teniendo en cuenta los elementos existentes y la ausencia de otros: la sala debió de tener una cubierta arquivada sostenida por un entramado más o menos complejo de vigas de madera. Entre los rellenos de colmatación aparecieron, en efecto, varias improntas de vigas de madera, entre las que cabe destacar la de una viga de más de 5 m de longitud y 24 x 15 cm de sección, caída en dirección este-oeste (transversal al eje longitudinal de la sala) (*lám. IV, b*), así como las de dos vigas mucho más cortas y de menor sección, conservadas una junto a otra y sensiblemente paralelas entre sí.

Partiendo de estos datos, podemos suponer que la sala estuvo cubierta por una techumbre a dos o más aguas, sostenida por un entramado de madera a base de tijeras y correas. Dentro de esta hipótesis caben, a su vez, dos posibilidades: que cada uno de los espacios entre arcos de herradura estuviese cubierto por un tejado a dos aguas en el que la cumbrera quedaría en perpendicular con respecto al eje longitudinal de la sala –de modo similar a como se cubre una mezquita–; o que existiese un solo tejado a dos aguas en el que la cumbrera coincidiría con el eje longitudinal de la sala, y en el que los arcos de herradura actuarían a modo de arcos-diafragma para sustentación de las vigas maestras –cumbrera y carreras–. En principio, parece más factible esta segunda posibilidad, dada la posición y las dimensiones de la viga antes citada, y puesto que la luz de la sala no parece excesiva para una solución de este tipo –menos costosa que la otra–. La cumbrera de la cubierta, según esta última hipótesis, debió de quedar situada a una altura de unos 7 m con respecto al pavimento del interior de la sala.

La ausencia de derrumbe de la cubierta se explica más fácilmente en el caso de la cubierta de par-hilera que en el de la solución abovedada. En efecto, una cubierta de entramado de madera es mucho más fácil de desmontar que una bóveda, y el material extraído –vigas y tejas– más fácilmente aprovechable.

En principio, y a falta de un estudio más exhaustivo de la secuencia estratigráfica documentada en el interior de la sala, el hipotético robo de la cubierta podría datarse entre mediados del siglo XII y mediados del XIII, periodo durante el cual se llevó a cabo, en el alcázar de Calatrava la Vieja –aún habitado–, la construcción de diversos edificios, algunos de ellos de

considerable tamaño, como la iglesia de los calatravos o el "*palatium*" contiguo, entre otros –téngase en cuenta que, a lo largo de dicho periodo, Calatrava conoció una primera ocupación cristiana, una reocupación almohade y una segunda y definitiva ocupación castellana–. Las necesidades derivadas de semejante actividad constructiva pudieron empujar fácilmente a sus protagonistas a desmontar la cubierta en cuestión para obtener materiales con que techar los nuevos edificios.

4.2.4.- Pavimento.

El pavimento de este salón está formado por una gruesa capa de argamasa amarillenta de cal y arena, rica en cal. Se trata de una costra continua, nivelada y uniforme, cuya superficie presenta un cuidadoso acabado mediante una lechada líquida que le proporciona una textura suave, en cierto modo "patinada".

En esta costra de argamasa no se aprecian improntas de otros elementos constructivos que pudiesen haber formado el acabado definitivo del pavimento y que hubiesen sido robados con posterioridad. Tan sólo cabe destacar la existencia en ella de multitud de pequeños agujeros producidos por estacas delgadas y puntiagudas, distribuidos con total anarquía pero concentrados preferentemente en torno a los estribos de los arcos de herradura y junto a la base de los muros laterales de la sala. La capa de argamasa descrita aparece cubierta, a su vez, por una película, fina pero continua, de tierra arcillosa oscura de tono marrón y textura jabonosa, sin intrusiones de ningún tipo y sin restos de carbón, formada claramente por restos de madera descompuesta (*lám. V, a*). Por tanto, parece probable que el suelo de la sala que nos ocupa estuviese formado, en origen, por una tarima de madera fijada sobre una base constructiva de argamasa mediante pequeñas estacas.

4.2.5.- Puerta de acceso

Se localiza en el sector centro-sur del muro oriental de la sala, centrada entre el segundo y tercer arcos de herradura, contando desde el sur. Presenta 2,40 m de luz y sus jambas están reforzadas por grandes sillares de piedra caliza toscamente tallados y de módulos muy distintos –posiblemente reutilizados–. Se trata, con toda probabilidad, de un vano adintelado: se ha conservado, entre los escombros que sellan la puerta, la impronta de una viga de madera que pudo haber formado parte del dintel desaparecido.

Puesto que aún permanece sin excavar el entorno inmediato de la estancia descrita, desconocemos con qué tipo de espacio comunicaba este

vano: la entrada al interior de la sala a través de dicha puerta se pudo haber producido tanto desde otras dependencias de un edificio en el que estuviese integrada, como desde un hipotético patio central del alcázar. La distribución de los edificios adyacentes y la considerable luz de la puerta en cuestión encaban mejor, en principio, con la segunda de estas dos posibilidades, pero en tanto no avance la excavación del área contigua a la sala, no podremos más que movernos, al respecto, en el terreno de la pura especulación.

4.2.6.- Nichos meridionales

El lateral sur de la sala está ocupado por dos grandes nichos abovedados de planta rectangular que se adosan al muro de cierre meridional, aunque, por sus características constructivas y por su posición estratigráfica, son claramente coetáneos con respecto al resto del edificio.

Ambos nichos son muy semejantes entre sí en cuanto a dimensiones, estructura general y materiales constructivos. Sin embargo, desempeñaron funciones claramente diferentes (*lám. II, a*).

- La piscina. El nicho oriental alberga una piscina completa, típica de un *hammam* o baño islámico (*lám. V, b*). Está cubierto por una bóveda de medio cañón de factura descuidada, construida con ladrillo y apoyada en estribos de mampostería caliza encintada con ladrillo. Aparece enteramente recubierto por una capa uniforme de enlucido de argamasa rico en cal, muy rígido, de función claramente impermeabilizante. Tiene 3,01 m de luz, y entre 2,06 y 2,15 m de fondo. El intradós de la clave de la bóveda queda a 4,16 m de altura con respecto al pavimento del interior de la sala.

En su frente exterior presenta un muro de cierre de 54 cm de espesor y 1,62 m de altura, rematado en coronación con un suave lomo (*láms. V, b; VI, a y VII, a*). Este cierre genera, en el interior del nicho, una piscina de planta levemente trapezoidal, de 3,01 m de longitud y entre 1,52 y 1,61 m de anchura, con una profundidad máxima posible de 1,12 m.

La piscina está pavimentada con ladrillos y, en origen, tuvo sus paredes enfoscadas con mortero hidráulico y pintadas de almagra hasta la altura de la coronación del murete norte, aunque posteriores enlucidos de argamasa ocultaron el acabado inicial (*lám. VI, a*).

El abastecimiento de agua al interior de la piscina se producía a través de una tubería vertical procedente de la parte superior y empotrada en la pared de fondo del nicho (*láms. VI, b y VII, a*). Se trata de una tubería formada por atanores de barro cocido de 11 cm de calibre, que vertía en el borde superior de la piscina por medio de una boquera en codo construida con

ladrillos. El enlucido de argamasa del interior de la piscina aparece, en este punto, claramente erosionado por la acción del agua vertida por la tubería.

Si bien aún no ha podido ser localizado el punto de origen de dicha tubería, cabe la posibilidad de que la piscina se abasteciese de agua procedente del aljibe del alcázar, situado a apenas 6 m al sur de aquélla. En cualquier caso, el abastecimiento de agua en esta zona no planteaba problema alguno, dado que una gran coracha dotada de ruedas hidráulicas de relevo suministraba al interior del alcázar un caudal continuo procedente del río Guadiana, cuyas aguas batían contra la muralla norte de la fortaleza (*lám. I, a*). Dicho caudal era suficiente para alimentar, no sólo el aljibe o cualquier otro tipo de depósitos, sino también el complejo sistema defensivo hidráulico situado en el frente oriental del alcázar, impresionante vehículo de propaganda política del estado omeya (RETUERCE y ZOZAYA, 1992).

El desagüe de la piscina se realizaba por su frente exterior, a ras del suelo de la misma, a través de un tubo de cerámica de 9 cm de calibre empotrado en el sector central del murete de cierre norte, de modo que el agua vertía directamente al interior de la sala, a unos 50 cm de altura del suelo de ésta (*lám. VII, a*).

Tanto en la cara externa del citado murete frontal de cierre como en el pavimento de la sala se ha conservado, aunque en muy mal estado, la impronta de una escalerilla de acceso al interior de la piscina (*lám. VII, a*). A juzgar por los restos documentados, debía de tratarse de una escalera de obra de unos 80 cm de anchura que, ascendiendo en sentido oeste-este, permitía acceder a la piscina por el ángulo nororiental de la misma.

En un momento de reforma posterior se colocó, sobre el tercio oriental de la piscina, frente a la escalerilla de acceso y a cota de coronación del murete frontal de cierre, una plataforma de madera que, volada sobre el agua, hubo de facilitar aún más la inmersión de los bañistas, proporcionándoles un acceso menos directo al interior de la piscina, y una posición adicional de descanso sobre ella. La colocación de esta plataforma queda atestiguada por la existencia de tres mechinales picados en la pared de fondo del nicho para alojamiento de otras tantas viguetas de madera que sustentarían la mencionada tarima (*láms. VI, a y VII, b*).

- **El nicho occidental.** El nicho occidental, contiguo al anterior, está cubierto, al igual que éste, por una bóveda de medio cañón de factura descuidada, construida con ladrillo y apoyada en estribos de mampostería caliza encintada con ladrillo. En este caso, solamente aparece enfoscada la bóveda. Tiene 3,29 m de luz, y entre 2,22 y 2,30 m de fondo. El intradós de la clave de

la bóveda queda a 4,26 m de altura con respecto al pavimento del interior de la sala (*lám. VIII, a*).

Se trata de un nicho originalmente diáfano, sin más elementos destacables que el pavimento de tierra apisonada de su interior, situado a la misma cota que el suelo del resto de la sala. Por tanto, no disponemos de datos suficientes para determinar su función. Podría tratarse de un espacio privado junto a la bañera, o incluso del lugar destinado a albergar a la autoridad competente durante la celebración de hipotéticas recepciones, en el caso de que la estancia a la que pertenece hubiese funcionado como salón de audiencias.

4.3.- Cronología

En cuanto a la cronología de este edificio, los primeros análisis de termoluminiscencia realizados datan su construcción hacia el año 1025. Según ello, se trataría de una obra de época taifa, adscripción cronológica que encaja bien con su monumentalidad, ciertamente ostentosa.

No obstante, el amplio margen de error implícito en este método de datación (+/- 85 años) nos obliga a manejar con ciertas reservas la fecha propuesta. El estudio de los materiales aportados por los niveles de abandono y colmatación de la sala, así como la excavación, en un futuro próximo, de las fosas de cimentación del edificio, tal vez nos permitan acotar con mayor precisión los márgenes cronológicos de construcción y uso del mismo.

4.4.- Evolución.

La piscina existente en el ángulo suroriental de la sala fue sin duda utilizada, tal como demuestra la existencia de varias capas sucesivas de enlucidos en su interior, primero de almagra y más tarde de cal, o la erosión producida en dichos enlucidos por el agua que fluía de la tubería de abastecimiento. Además, se observan algunas reparaciones en los muros perimetrales de la estancia, como un rechapado con ladrillos en la cara oeste del muro de cierre oriental, en el paño comprendido entre la piscina y el arco-diafragma inmediato.

En un momento indeterminado, la sala estudiada perdió su función original —cualquiera que ésta fuese— y quedó transformada en simple espacio de uso doméstico, según se deduce de la existencia de un hogar asociado a un relleno de tierra oscura que sirvió como nivel de uso, superpuesto al suelo original de la estancia. Se construyó entonces, con material reaprovechado, un murete de mala calidad que cerraba el espacio situado bajo el arco occidental, aunque manteniendo un pequeño acceso por su extremo este. Además, se pavimentó dicho espacio con un nuevo suelo de tierra apisonada, en sustitución del

pavimento original. La determinación de la cronología de este segundo momento de uso queda pendiente de la realización del estudio de los materiales.

Tras el breve lapso de tiempo en que la sala funcionó como espacio doméstico, su cubierta fue desmantelada. Comenzó entonces el proceso de destrucción y colmatación del edificio, que en poco tiempo quedó oculto por los derrumbes de la parte alta de sus muros perimetrales y por la paulatina acumulación de los residuos producidos por el funcionamiento de una fragua contigua –localizada inmediatamente al sur–. Sobre este paquete de escombros se construiría después, en las inmediaciones de la sala arruinada, un conjunto formado por dos hornos de cerámica (*lám. VIII, b*).

La datación del momento de abandono y colmatación de esta sala dependerá del estudio de los conjuntos cerámicos aportados tanto por los relleños del interior de la misma como por los hornos adyacentes. Uno y otro conjuntos pueden fecharse, a priori y según se ha mencionado, entre mediados de los siglos XII y XIII. Según este último dato, y aceptando la cronología proporcionada por los análisis de termoluminiscencia realizados –que sitúan la construcción del edificio en la primera mitad del siglo XI–, la sala en cuestión debió de permanecer en uso durante aproximadamente siglo y medio.

5.- INTERPRETACIÓN

Las dimensiones y estructura de la sala estudiada, el estado actual del proceso de excavación en este sector del yacimiento y, sobre todo, la existencia de la piscina ya descrita, plantean serios problemas de interpretación del conjunto.

Inicialmente, y basándonos en la presencia de la piscina, la gran sala rectangular fue interpretada como sala de vestuario –*bayt al-maslaj* o *apodyterium*– de un baño islámico integrado en un espacio urbano ligado a la oficialidad del alcázar.

Si bien es cierto que el único dato de que disponemos por el momento para sustentar tal afirmación es la existencia de la piscina, y que la estructura de la sala en cuestión no se ajusta al esquema típico de un *hammam*, es preciso tener en cuenta una serie de consideraciones que permiten defender la hipótesis del baño.

Es sobradamente conocido que, en la cultura islámica medieval, el baño constituía una función característica del medio urbano, como lo había sido también en la cultura clásica. Se trataba no solamente de una cuestión de limpieza personal –que en el Islam iba unida a la práctica de abluciones rituales–, sino también de organización social y costumbres: el baño servía como lugar de reunión, de relajación y de comunicación (GRABAR, 1990: 170).

Los baños eran principalmente un servicio urbano: se cuentan por miles en las descripciones de las ciudades y se han conservado muchos a partir del siglo XII (GRABAR, 1988: 116). Pero la presencia de un baño en un conjunto palacial musulmán no tiene nada de infrecuente: casi todas las propiedades rurales de los Omeyas estaban dotadas de baños, en ocasiones muy lujosos (GRABAR, 1988: 115). Por tanto, no debe extrañarnos, a priori, la posibilidad de que exista un baño islámico en el interior del alcázar de Calatrava la Vieja.

En las residencias señoriales campestres omeyas de los primeros tiempos del Islam en Siria, los baños se convirtieron en un elemento común. Todos ellos tienen pequeñas saunas que siguen los sistemas y técnicas de calefacción y distribución de agua romanos, “*pero mientras que las habitaciones calentadas se reducen de tamaño, se produce una tremenda (y variable) expansión en lo que corresponde al apodyterium romano*” (ETTINGHAUSEN y GRABAR, 1996: 60).

De hecho, en la mayoría de los baños palaciales conocidos en Siria, “*la zona de baño propiamente dicha ocupaba tan sólo una pequeña parte del edificio. La mayor parte del mismo consistía en un amplio salón cuya forma era distinta en cada sitio*” (GRABAR, 1990: 169). En efecto, según Grabar (1990: 171), lo más notable de estos salones es lo distintos que eran unos de otros. Así, en Qasr al-Hayr oriental era un patio porticado rectangular que tenía en un extremo dos piscinas forradas de mármol, llenadas por dos fuentes situadas en lo alto de la pared. En Qusayr Amra se trata de un salón basilical tripartito que termina en un ábside cuadrado enmarcado por dos pequeñas habitaciones laterales (ALMAGRO y *alii*: 1975); en Chabal Sais se da una versión modificada de este mismo tipo. En Jirbat al-Mafyar es un enorme salón de 30x30 m (900 m²) con una lujosa entrada –magníficamente decorada– cubierta por una cúpula y con una gran piscina en un extremo, una pequeña habitación privada y un lujoso ábside abovedado en el rincón suroeste (GRABAR, 1990: 169-170).

Como puede apreciarse, el salón recientemente descubierto en Calatrava la Vieja guarda ciertas semejanzas, en aspectos concretos, con estos salones integrados en baños palaciegos omeyas de la primera época, tal como los describe Oleg Grabar.

La referida variedad formal indica que “*el vocabulario arquitectónico del que los constructores islámicos tomaron sus términos no podía suplir la función o funciones de estos salones*” (GRABAR, 1990: 172); en otras palabras, parece que, bajo determinadas circunstancias, la existencia de un gran salón de estas características en el interior de un *hammam* se hizo imprescindible.

No obstante, la principal dificultad radica, precisamente, en determinar la función de semejante habitación en el seno del *hammam*. Podría conside-

rarse como *apodyterium* o vestuario, pero es muy probable que no fuese ésta su única función (GRABAR, 1990: 171). Sus dimensiones y decoración son adecuadas a la relajación que en general se asocia con los baños medievales, pero *"no se trata de un apodyterium en el sentido estricto de la palabra: más bien debió de ser un lugar para el ocio real, como lo utilizaron los príncipes omeyas"* (ETTINGHAUSEN y GRABAR, 1996: 62). De hecho, los baños siempre han estado asociados con el bienestar, y es evidente que el esparcimiento de la realeza (*lawba*) aumentaba ese bienestar. Además, los árabes de Arabia consideraban el edificio de los baños como una de las máximas expresiones de lujo (ETTINGHAUSEN y GRABAR, 1996: 62).

Algunos baños sirios (Dura Europos, Brad, Serjilla) cuyas características técnicas están muy próximas a las de los baños omeyas *"están dotados de salones extraordinariamente amplios, mucho más grandes proporcionalmente que el apodyterium del baño clásico. Se ha dicho que servían como lugares de reunión. No es probable que fuesen formas rudimentarias adoptadas sin atribuirles una función concreta, dado el evidente cuidado que se ponía en su organización y decoración"* (GRABAR, 1990: 171).

Los textos proporcionan una respuesta para la posible función de estos salones. *"Diversos relatos señalan que además del maylis formal destinado a recepciones, había un maylis al-lawab, un lugar para la diversión y el placer. Las principales actividades eran beber, cantar, escuchar recitales de poesía, contemplar a los bailarines y escuchar a los músicos; ocasionalmente había también comidas. Estas ceremonias tenían a veces un ligero matiz orgiástico. Otras veces eran simplemente excéntricas..."* (GRABAR, 1990: 172).

Estas prácticas no eran únicamente una forma de comportamiento licencioso de una aristocracia que había adquirido recientemente una inmensa riqueza. En realidad tenían un carácter formal y semioficial, y demuestran *"que los príncipes omeyas adoptaron como propia una antigua tradición del Próximo Oriente: la de transformar el placer y los pasatiempos en una actividad formal que expresaba el poder y la grandeza del príncipe"* (GRABAR, 1990: 172). Así, las inscripciones existentes en el baño de la Alhambra alusivas a la grandeza del sultán (Yusuf I), sugieren que *"incluso una actividad tan prosaica como el baño y el bienestar que proporciona son dones y símbolos de un príncipe siempre victorioso"* (GRABAR, 1988: 117).

Esta tradición se asocia, en época de la conquista musulmana, con la dinastía sasánida del Irán. En el complejo sistema ceremonial iraní, con un príncipe estático que se mostraba en majestad, los pasatiempos identificaban a la realeza. Muchos de estos temas ceremoniales —los banquetes, la bebida, la

música, la poesía, o incluso la caza— estaban de acuerdo también con los hábitos de placer y diversión de la sociedad árabe tradicional, por lo que su adopción era fácil (GRABAR, 1990: 172).

En opinión de Grabar (1990: 172-173), *"cualquiera que sea la causa o conjunto de causas que puedan, eventualmente, explicar la aparición de este tipo peculiar de ceremonias en el Islam primitivo, su existencia es indudable, y me gustaría sugerir que la función principal del grupo de suntuosos salones anexos a los baños era la de maylis al-lawab, salones de diversión equivalentes a los salones de baile de la arquitectura aristocrática de otra época. Su asociación con el baño no tiene nada de sorprendente, porque pertenecen a ese tipo de lujo que caracteriza también el baño en el campo. Posiblemente esta asociación fue sólo ocasional, puesto que algunos baños no tienen tales habitaciones y algunos palacios podrían haberlas tenido en algún otro lugar de su distribución, quizá en el tejado"*.

En Qusayr Amra, la forma de esta sala indica probablemente que este salón se utilizaba también para recepciones oficiales (GRABAR, 1990: 173). De hecho, el baño —escenario eminentemente privado— adquirió en muchas ocasiones un importante significado público (GRABAR, 1988: 117).

Naturalmente, sólo el avance de la excavación podrá confirmar o desmentir la vinculación de la gran sala del alcázar de Calatrava la Vieja con un baño islámico. No obstante, a la vista de lo expuesto en los párrafos precedentes, creemos que el tamaño o la configuración de dicha sala no son, por sí mismos, argumentos válidos para descartar esta hipótesis. En este sentido, estimamos que la mera existencia de la piscina del ángulo sureste de la sala es un argumento más poderoso para defender la hipótesis del baño, que los otros para descartarla.

Condición indispensable para sostener la hipótesis del baño es la existencia de una segunda puerta en el muro de cierre oriental de la sala. La ya conocida, a priori, debió de permitir la entrada al edificio del hipotético *hammam* desde el exterior; sin embargo, sería necesaria una segunda puerta que diese acceso desde la gran sala hacia el resto de dependencias del baño. Aún cabe la posibilidad de que dicha entrada se encuentre en el tercio septentrional del muro de cierre este de la gran sala, tramo que permanece todavía oculto por los escombros.

Como hipótesis alternativa, planteamos la posibilidad de que la gran estancia que nos ocupa haya funcionado como salón de audiencias o de recepción de embajadas. Esta interpretación se basa en la monumentalidad de la sala, derivada no sólo de sus grandes dimensiones, sino también de la natura-

leza y tamaño de algunos de sus elementos estructurales, como los arcos diafragma de herradura, el amplio vano de acceso, o los dos grandes nichos del extremo meridional. En tal caso, la piscina existente pudo haber funcionado como elemento de prestigio, y el nicho contiguo como espacio destinado a albergar a la autoridad competente durante la celebración de actos oficiales.

Si aceptamos como fecha de construcción la proporcionada por los análisis de termoluminiscencia antes mencionados, estaríamos ante un edificio de época taifa que enlaza directamente con conceptos y modelos omeyas orientales arcaizantes, al igual que sucede en el caso de la planta del palacio de la Aljafería de Zaragoza (EWERT, 1976; CABAÑERO, 1998: 91-99). Pero, a diferencia de los restantes ejemplos arquitectónicos de cronología taifa (VALDÉS, 1998: 178-179), la gran sala del alcázar de Calatrava carece de cualquier tipo de decoración: todo en ella es pura tectónica. Su estructura, marcada por la monumentalidad de los grandes arcos-diafragma de herradura y desprovista de todo elemento decorativo, parece concebida para resaltar los dos nichos de su extremo meridional, en los cuales se situaría –según la segunda de las hipótesis planteadas– el mandatario de Calatrava en sus audiencias, bien sentado en su trono, cobijado por el gran nicho occidental, bien dentro de la piscina o sentado sobre ella, utilizando la plataforma de madera.

En definitiva, si se confirmara esta primera aproximación cronológica de la gran sala, los datos proporcionados con su excavación arqueológica se añadirían a los que en la actualidad se poseen y que han permitido tener una nueva visión del arte de época taifa: inexistencia de un aislacionismo cultural con respecto a Oriente y una unidad de espíritu peninsular que no impidió que a la vez pudiera existir una gran variedad artística en cada uno de los reinos que surgen a la caída del califato cordobés (ROBINSON, 1992: 49; BORRÁS, 1995: 89), En cualquier caso, y sean cuales fueren su cronología y función, es obvio que nos encontramos ante un edificio de muy destacable valor monumental y, por el momento, único en el panorama de la arquitectura civil andalusí.

6.- BIBLIOGRAFÍA.

- ACIÉN ALMANSA, Manuel (1995): "La fortificación en al-Andalus". En: *La arquitectura del Islam Occidental*. Coord. Rafael López Guzmán. pp. 29-41. Barcelona.
- ALMAGRO & alii (1975): *Qusayr 'Amra. Residencia y baños omeyas en el desierto de Jordania*. Madrid.
- BORRÁS GUALIS, Gonzalo (1995): "El arte hispanomusulmán en la época de las primeras taifa". En: *La arquitectura del Islam Occidental*. Coord. Rafael López Guzmán. pp. 83-91. Barcelona.

CABAÑERO SUBIZA, Bernabé (1998): "El palacio musulmán. Descripción artística". En: *La Aljafería*, vol. I, pp. 79-140, Zaragoza.

ETTINGHAUSEN, Richard y GRABAR, Oleg (1996): *Arte y arquitectura del Islam. 650- 1250*. Madrid.

EWERT, Christian (1976): "Tradiciones omeyas en la arquitectura palatina de la época de los Taifas. La Aljafería de Zaragoza". *Actas del XXIII Congreso Internacional de Historia del Arte*. Granada, 1973, vol. II, pp. 62-75. Granada.

GRABAR, Oleg (1988): *La Alhambra. Iconografía, formas y valores*. Madrid.

GRABAR, Oleg (1990): *La formación de arte islámico*. Madrid.

RETUERCE, Manuel y HERVÁS, Miguel Ángel (1999): "Calatrava la Vieja. Fortificación de una ciudad islámica de la Meseta". *Castillos de España*, 113, pp. 23-43.

RETUERCE, Manuel y ZOZAYA, Juan (1992): "Un sistema defensivo hidráulico autónomo: Calatrava la Vieja". *III Congreso de Arqueología Medieval Española* (Oviedo, 1989), tomo II, pp. 353-359. Oviedo.

ROBINSON, Cynthia (1992): "Las artes en los reinos de taifas". En: *Al-Andalus. Las artes islámicas en España*. Ed. Jerrilynn D. Dodds. pp. 49-61. Madrid.

VALDÉS FERNANDEZ, Fernando (1998): "El arte de las primeras taifas: una cuestión de cronología". *Codex Aquilarensis. Cuadernos de Investigación del Monasterio de Santa María la Real*, 13. Actas del I Curso sobre la Península Ibérica y el Mediterráneo durante los siglos XI y XII (julio de 1996). Aguilar de Campoo (Palencia), pp.167-186.

VALLVÉ BERMEJO, Joaquín (1976): "Notas de metrología hispano-árabe. El codo en la España musulmana", *Al-Andalus*, XLI, pp.339-354.



Figura 1.

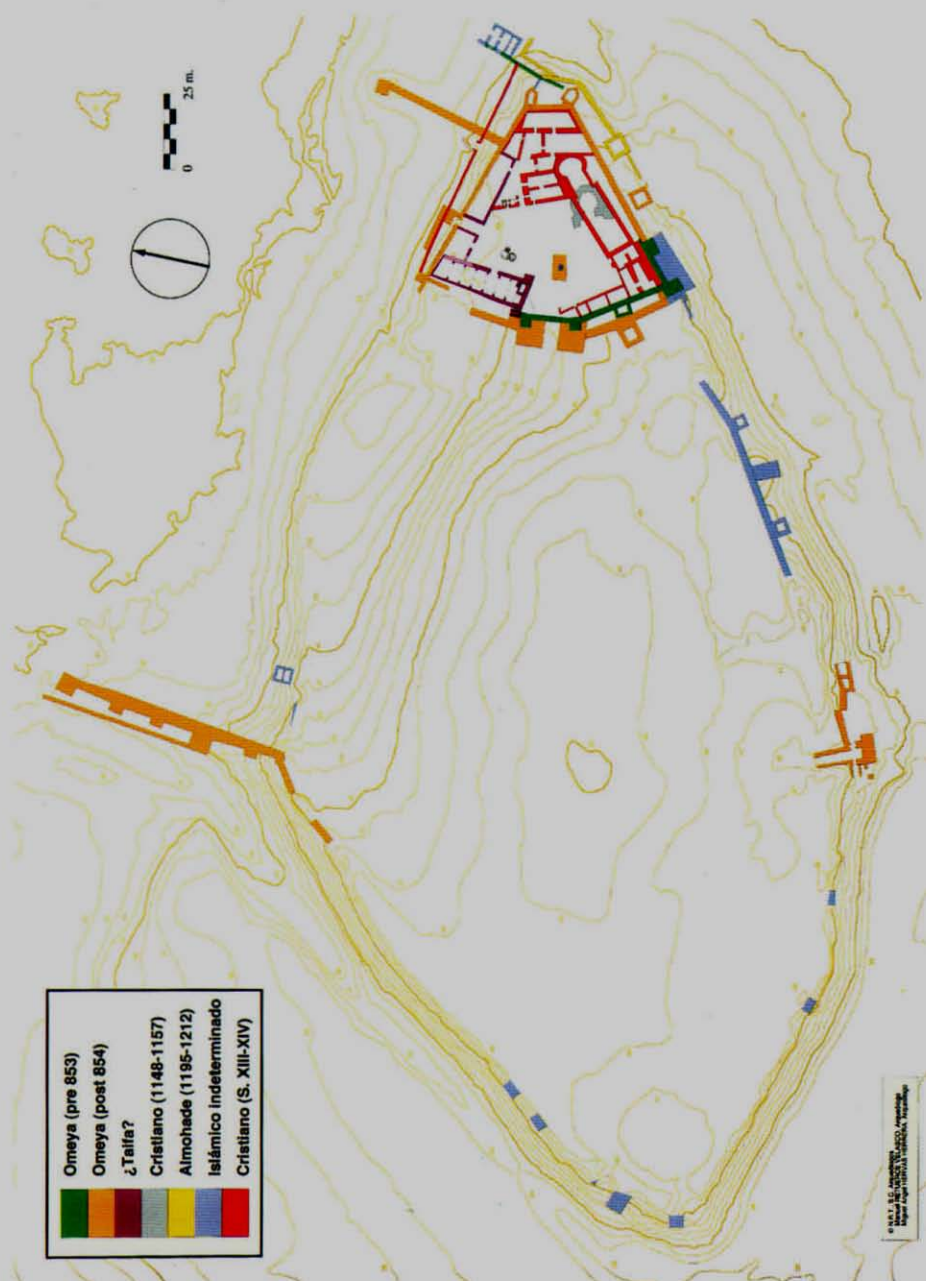


Figura 2.

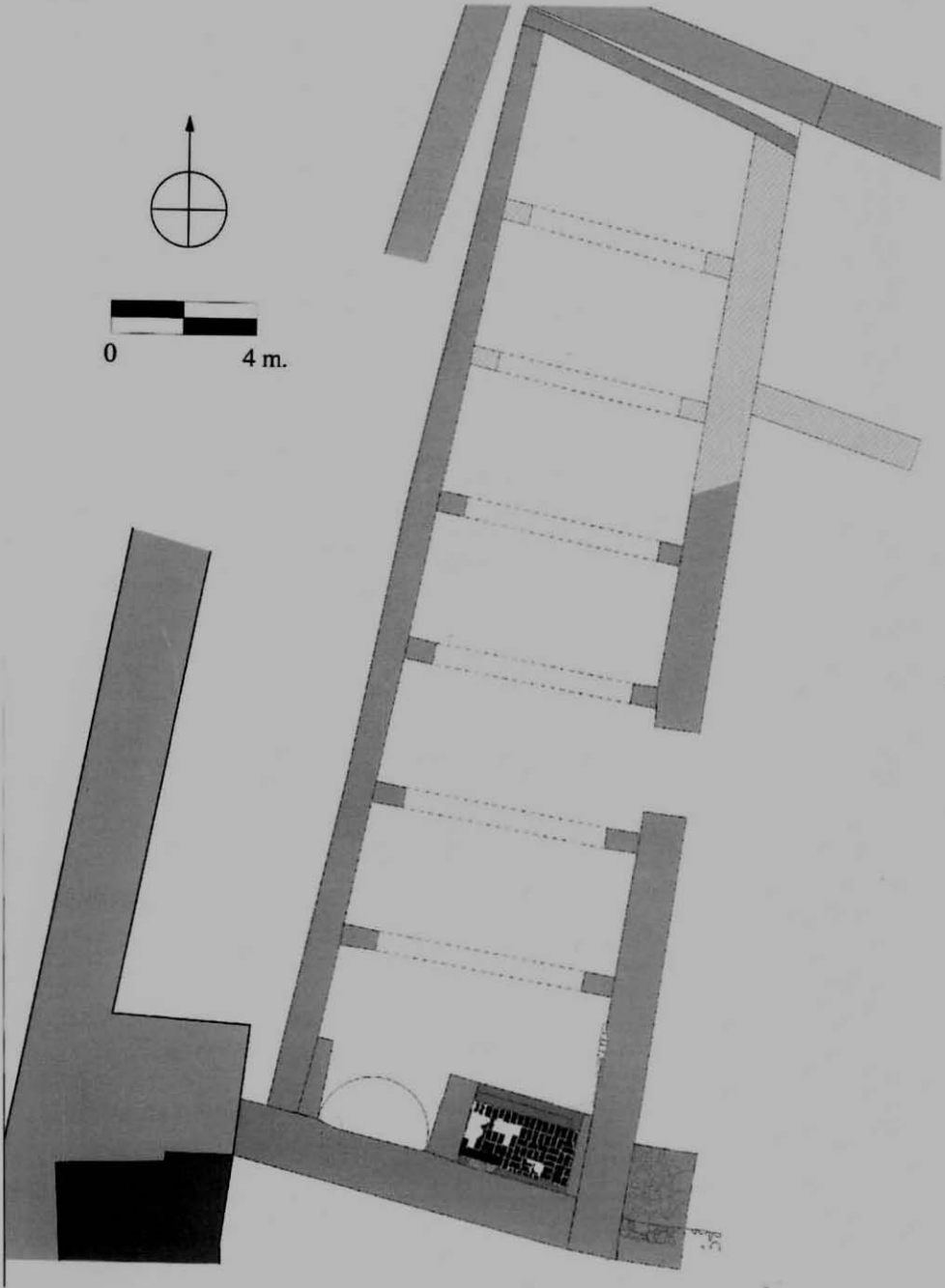
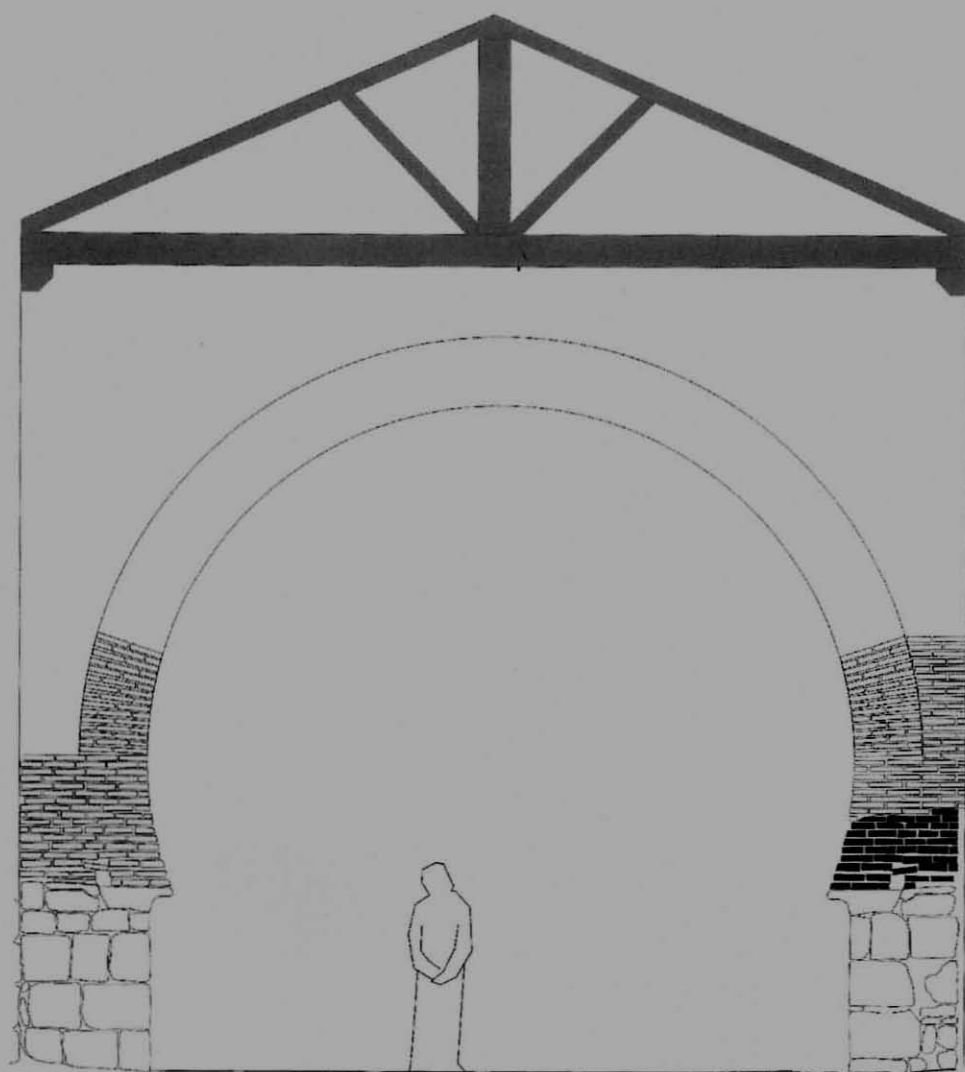


Figura 3.



CALATRAVA LA VIEJA, Ciudad Real, 1990
© Manuel Restrepo Velasco & Miguel Ángel Hervás Herrera

0 1 m.

CALATRAVA LA VIEJA.

Figura 4.



Lám. I, a.



Lám. I, b.



Lám. II, a.



Lám. II, b.



Lám. III, a.



Lám. III, b.

Lám. IV, a.



Lám. IV, b.



Lám. V, a.



Lám. V, b.

Lám. VI, a.



Lám. VI, b.



Lám. VII, a.



Lám. VII, b.



Lám. VIII, a.



Lám. VIII, b.